

Fábrica de carrocerías y coches de lujo
Manuel Galdona
 Hijo y sucesor de Félix Galdona
SANTANDER
 Magallanes, 21
 Teléfono 186 (22)

Sidra champagne **EL GAITERO**
 DE LA SOCIEDAD
 Valle, Ballina y Fernández
 DE VILLAVICIOSA
 Agencia-depósito:
 Paseo de Pereda, núm 34
Santander (23)

Crema Eclipse
 PARA EL CALZADO
Liquido Fulgor
 PARA METALES
 (83)

NICOLÁS SALVARREY Y CERRO
 SUCESOR DE
 Salvarrey y Cerro Hermanos
"LA CASTREÑA"
 Fábricas de conservas de todas clases de pescados
 Casa fundada en 1870
 LIEBER'S A-B-C-5th. ED. CODES USED
Laredo y Santander (15)

Lafuente y Elorza
 Consignatarios de buques
 Dirección telegráfica:
LAFUENTELORZA
 Velasco, núm. 15
SANTANDER (27)

Bodegas del Romeral
FELIX AZPILICUETA
 Vinos finos de exportación, vinos tintos corrientes. Casa Central:
FUENMAYOR (RIOJA)
 Sucursales :-
 San Sebastián, Bilbao, Logroño, Alicante, Villena y **SANTANDER**
 Calderón de la Barca (16)

"La Goleta Montañesa"
 Construcción y navegación de buques de vela con motor, y embarcaciones de pesca y recreo
 DOMICILIO:
SANTANDER.—Muelle, 17.
 y Astilleros, en **SANTOÑA** (17)

TRANSPORTES Y VIAJES ANTAÑO
Cómo viajaban nuestros abuelos

Las mercancías
 Hojeando libros que hablan de lo que era Santander en la época en que subió al Trono de España Doña Isabel II, hallamos uno en el que se tratan las cuestiones más interesantes que afectaban a esta ciudad.
 Vamos repasando los epígrafes: «Situación y clima», «Confines», «Territorio», «Ríos y arroyos», «Minería», «Agricultura», «Caminos», «Producciones», «Industria y comercio», «Riqueza territorial», «Riqueza urbana», etc., etc., hasta que tropezaron nuestros ojos en uno que dice así: «Caminos y diligencias», bajo el cual se habla de cuanto concierne a transportes y caminos. De él entresacamos lo siguiente:
 «Los transportes se verifican por tierra, por mar o por el canal de Castilla. Los precios de flete en este último en los meses de mayo a octubre es un maravedí por arroba y legua a la ida hacia Alar, y el trigo a cuatro maravedís por fanega y legua. En el resto del año, maravedí y medio por arroba y legua, y seis maravedís por fanega a la ida y tres cuartos de maravedí a la vuelta desde Alar. Las distancias de los diferentes puntos de embarque a dicho Alar son las siguientes: de Valladolid, 25 leguas y cuarto; de Duernas, 20; de Villalba, 17; de la 30 esclusa, 16 y media; de Grijota, 16; de Serrón, 15 y media;

verano. Otra diligencia sale de Torrelavega, llamada «La Huerfanita». Los días de salida son: martes y jueves, a las siete de la mañana, volviendo por la tarde, y los sábados, a las dos de la tarde, retornando el domingo, a las cuatro, también de la tarde. Los mismos coches transitan en verano de Santander a Ontaneda y viceversa, desde mayo a septiembre, inclusive. Hay además un coche particular de alquiler y varios caballos para todas partes.»

día a 2.771,60 pesetas, de las cuales se han gastado en la fiesta del 13 de julio—de la que hablamos extensamente—, en socorros y en otras inversiones, 305, quedando una existencia para 1920 de 1.870,32 en el Instituto Nacional de Previsión; de 208,90 en el Monte de Piedad, y de 387,38 en la Caja de la Mutualidad; resultando una existencia líquida de 2.466,60.»

Frases de Pepe Estrañi

Aun están recibiendo la ciudad de Santander, «El Cantábrico» y la familia de Pepe Estrañi telegramas, cartas y otras manifestaciones del sentimiento que en todas partes ha causado la muerte del ilustre humorista.
 Los que conocimos al pacotillero de «La Voz Montañesa» y seguimos al ingeniosísimo escritor «hasta el infierno», y conocimos además al hombre bondadoso, sencillo, infantil muchas veces, sentimos más hondamente el pesar que a todos ha producido esta pérdida irreparable.
 Su musa juguetona, inquieta, y su espíritu observador, que veía siempre el trazo cómico en los hombres y en las cosas, le dieron éxitos magníficos y popularidad envidiable. Pero Estrañi no se desvaneció en la altura como tantos otros; fué siempre un equilibrado que supo darle a cada cosa su verdadero valor.
 Recordemos dos frases felices del gran Estrañi:
 Sagasta había ido a Ontaneda, donde el fusionismo santanderino le ofreció un ban-

PARA CARNAVALES

Como es de suponer, la juventud santanderina proyecta diversiones, bailes, carrozas, mascaradas, etc., etc., para las próximas fiestas de Carnaval.

HOTEL REAL
 ABIERTO TODO EL AÑO
SARDINERO (Santander)
 Todo el confort moderno de un establecimiento modelo.
 Espléndidas vistas de mar.—Amplia terraza frente a la Magdalena.—Todas las habitaciones lujosamente amuebladas y con cuarto de baño.
 SALONES PRIVADOS PARA FAMILIAS (8)

Casa Mendicouague
 Cubo, 8.—**SANTANDER**
 Almacén importadores y fabricantes de curtidors
 Marcas registradas: LA SANTANDERINA y MENDI
 Suela lenta y mixta, becerros engrasados, boxcal, badanas negro y corte, metis, dón-golas, CORREAS DE TRANSMISION de probada duración, polainas, tacones de goma PALATINE, betunes norteamericanos, legítimos BLAKEIS, etc.
 Grandes existencias (25)

Fábrica de Bordados Mecánicos
 STORES :- VISILLOS
 CORTINONES :- COLCHAS
 GALERIAS :- GABINETES
 BORDADOS PARA TAPICERIA
 V.ª de Ortíz y Hermano
 Ruamayor, 41
 Teléfono núm. 771
SANTANDER (12)

HOTEL Y RESTAURANT
EL CANTÁBRICO
 PROPIETARIO:
PEDRO GOMEZ FERNANDEZ
 Hernán Cortés, 9.
SANTANDER
 Servicio á la carta
 y por cubiertos (20)

INDUSTRIAS DE LA MADERA
LANTERO HERMANOS
 Sociedad de responsabilidad limitada
 DE IMPORTADORES
 DE Maderas del Báltico y americanas
Santander
 (Arenales de Mallaño) (24)

Dóriga y Casuso
 Consignatarios de buques. — **SANTANDER**
 Agentes de la Compañía Transmediterránea de Barcelona. Agentes de la Compañía general de Carbones (S. A.) de Barcelona. Agentes de la firma Harris & Dixon, Ld. de Londres.
 Navieros y Consignatarios
Compraventa de minerales y de carbones
 Dirección telegráfica: DÓRICAS
 Apartado Correos núm. 74.— Teléfono 635
SANTANDER (19)

de Cahorra, 13; de Frómista, 10 y media; de la 16 esclusa, 9 y media; de la 15, 6 y tres cuartos, y de la 7, 2; todo por el canal del Sur. Por el del Oeste es como sigue: de la ermita de Abarca, 22 leguas; de Fuentes, 21; de Paredes o Sahagún Viejo, 18; de Becerril, 16 y media, y de Villambrales, 16.
 El transporte por tierra de trigo y harinas de Alar y Reinosa a Santander se hace generalmente por carros de bueyes. Hay dos galerías ordinarias que salen todas las semanas para Burgos, llegando además «sin día fijo» varios carrozats y galerías a los mesones y paradores de Becedo, que luego vuelven a salir cargados de efectos para todos los puntos que tienen relaciones con Santander.»

Diligencias y postas de Santander a Madrid :

He aquí lo que hallamos en la citada obra concerniente a los viajes Santander-Madrid y viceversa:
 «Las diligencias generales y postas peninsulares hacen el servicio directo entre Santander y Madrid y viceversa por Torrelavega, Reinosa, Palencia y Valladolid. Salen un día sí y otro no, a las diez de la mañana, y hacen el viaje en cincuenta y ocho horas. En el invierno salen a las nueve de la mañana, y emplean tres días y medio en el viaje. La diligencia para Torrelavega sale los jueves y domingos y en el invierno, a las siete, y en verano, a las seis de la mañana, volviendo a salir de Torrelavega los mismos días, a las dos de la tarde en invierno y a las tres en

Hubo un tiempo— el gran Pereda le retrata maravillosamente en «Escenas montañesas», señalando la evolución del baile desde la pradera hasta el elegante salón—en que Santander daba la nota de riqueza y buen gusto en estas fiestas de Carnestolendas. Hoy también demuestra la sociedad santanderina que no en balde tiene fama la capital de la Montaña de ser una de las más ricas y más cultas de España.
 Quizás la huelga haya aminorado los ánimos; pero es tan difícil que desfallezcan éstos en la juventud, que estamos seguros que el próximo Carnaval será en Santander muy animado y muy alegre.
 La Prensa cita algunas estudiantinas y rondallas, entre éstas la titulada «Cantabria», que ha de cooperar notablemente a la brillantez de las vecinas fiestas.

La Mutualidad Escolar "Sotileza"

He ahí una institución admirable que honra a la infancia santanderina y a las distinguidas personas que la dirigen y la protegen. Con mucho gusto recogemos y reproducimos los siguientes datos que publica un importante diario de Santander:
 «La Mutualidad Escolar «Sotileza», una de las mejor organizadas de España, ha enviado al Instituto Nacional de Previsión y a la Dirección general de Seguros la Memoria y el estado-balance correspondiente al año 1919.
 El total de los ingresos en dicho año ascen-

quete, al que asistió lo más ilustre del partido. A la hora de los brindis, y en nombre de todos los representantes de la Prensa que se hallaban en el banquete, tomó la palabra Estrañi. Todos, políticos y periodistas, pensaron que el gran poeta festivo, que aun sufría persecuciones y amenazas, había de hacer algún comentario mordaz, pero ingenioso, a esto. Lejos de ello, no hizo sino improvisar la siguiente quintilla:

«En esta mesa redonda
 me voy a poner... redondo.
 ¡Qué diferencia más honda
 de un artículo de fondo
 a un artículo de fonda!»

Que no hay que decir cómo fué acogida. Con una estruendosa ovación.
 Otra vez pasaba Estrañi con unos amigos por una plaza de la capital de la Montaña, en la que se levanta una estatua a un héroe español. El «héroe» está representado en actitud de avanzar, con la mano derecha tendida hacia adelante.
 Estrañi decía que el «héroe» estaba:

«Como aquel que no se atreve
 a salir de algún portal
 y extiende desde el umbral
 la mano por ver si lueve.»

¡Cuántas frases de Estrañi «han quedado para siempre» en Santander y en España entera! Ellas son las flores del ingenio del gran poeta satírico que no se marchitan jamás; ellas constituyen el recuerdo imperecedero del escritor.

Peña-Castillo
SANATORIO
 para enfermos de diabetes,
 aparato digestivo y sistema nervioso
 Cocina dietética.—Curas por calor, luz, electricidad é hidroterapia
 DIEZ HECTAREAS DE PARQUE
 Director: **DR. MORALES**
SANTANDER (3)

Tejería Trascueto (S. A.)
 OFICINAS:
 Wad-Rus. núm. 5. — **SANTANDER**
 FABRICAS:
 "Trascueto," y "La Covadonga,"
 Tejas planas y curvas, ladrillos huecos y macizos, tubos y cal. (18)

La Aurora Castellana
 A. BÁRCENA Y C.ª
 LAREDO
 Conservas y salazones de pescados.
 Especialidad en sardinas en aceite, Thon mariné y anchoas en salmuera y en filetes. (13)

Fábrica de conservas y salazones de pescados
 Productos del mar Cantábrico
 Marca registrada: **El Progreso**
SANTOÑA (ESPAÑA)
 Especialidad en filetes y rollos de anchoas en aceites refinados
 Manipulación mecánica con maquinaria moderna
 Telegramas:
 Sanctián Gómez, Santoña, T 447
 Sanctián Gran Café, Madrid, T 1855 (14)

Compañía Santanderina de Navegación
 Vapor
"Peña Rocías"
 2.500 toneladas.
 Dirección telegráfica: Navegación
 Claves: A B C 5.ª edición. Walkin 1884
 Muelle, 30.
SANTANDER (27)

Las más lindas toilettes están en
LA VILLA DE PARIS
Tailleurs - Visitas - Soirée

LA MODA AL DIA

Para admirar elegancias
:: HOTEL RITZ ::
Comidas - Tés - Bailes

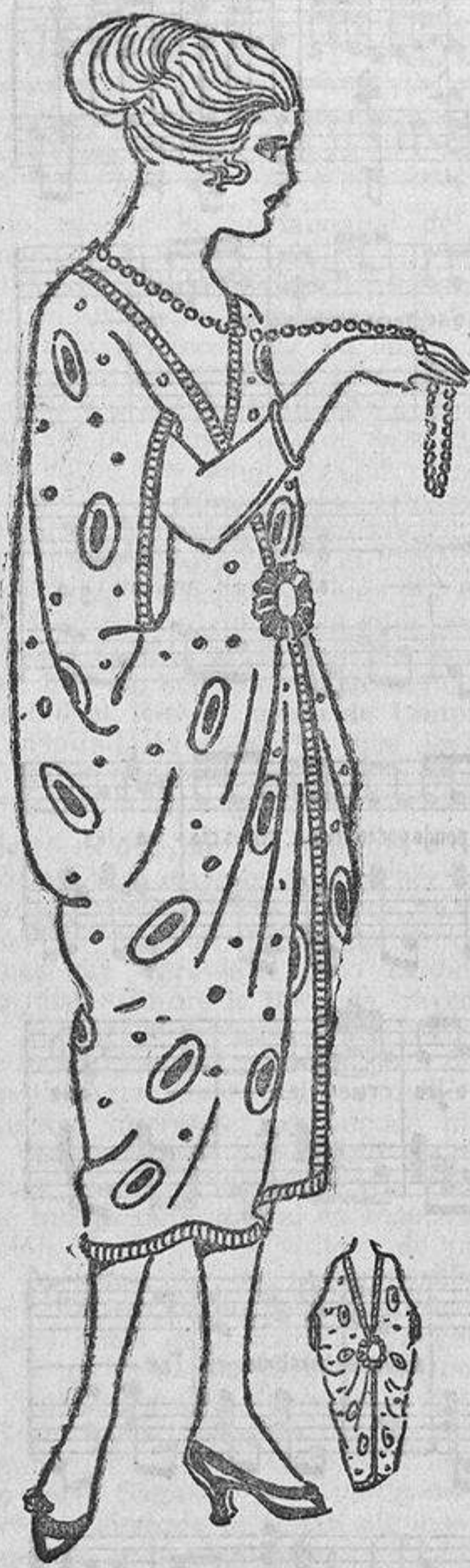
A LAS LECTORAS

Nada concreto puede decirse sobre la moda en este momento de transición. «Fivoline» lo comprende así, haciendo unas apreciaciones muy justas, con las que entretendremos a nuestras lectoras.

El modisto propone y la mujer dispone. Es curioso pensar hasta qué punto pueden diferenciarse las modas que propone el uno y las que adopta la mujer que sabe vestirse. Frecuentemente sus gustos se encuentran, y entonces vemos toda una temporada, y a veces dos, perpetuarse un modelo, que llega a ser el modelo tipo. Y es que ese modelo responde absolutamente al espíritu y necesidades físicas de la mayoría de las mujeres. Actualmente podemos decir que hay un desacuerdo absoluto entre ciertas casas de primer orden, que insisten y quieren a toda costa hacernos adoptar una silueta distinta a la de las últimas temporadas, y la mujer de suprema elegancia que no cede ante esta fantasía y persiste, ella también, en llevar vestidos estrechos dibujando las formas. Para variar se han inventado los bieses, canutos, paños sueltos, que se separan de la silueta.

Esta es la característica de este mes. Se diría que algunos tejidos de faldas y cuerpos están recortados en tiras o lazadas por algún efecto mágico; estas tiras se separan entre sí, se repliegan desde el bajo a la cintura y de nuevo al bajo de la falda, dejando correr entre su separación tiras de piel o bordados; el viso muy estrecho ciñendo completamente el pecho, las caderas y las piernas; la flotante túnica en tejido transparente, con preferencia recortado. Los brazos siguen voluntariamente desnudos. La bocamanga se adorna con una tira de piel, que a menudo rodea el escote y desciende hasta el tallo. Cuando una mujer baila o anda, este estilo de traje recortado nos recuerda en conjunto los velos griegos que nos han llegado perpetuados en los magníficos frisos antiguos. En aquella época las faldas y las clámides no estaban recortadas, pero sí adornadas con puntas sueltas, que al movimiento del baile daban exactamente el mismo efecto. Además, vemos que la tendencia es cada vez mayor hacia los velos libres y envolventes. Sería un gran error tomar el traje Luis XV o la crinolina demasiado en serio; en trajes de baile o en algunos de verano podrá permitirse esta fantasía.

Asimismo los cuellos altos serán durante mucho tiempo la fantasía de un vestido. Se llevarán como capricho en un traje,



Esta bata amplia kimono resultará muy bonita haciéndola en un tejido de lana estampado con gruesos motivos de color; bordeándola se pondrá un galón de lana o seda del color de los dibujos.



Para casa resultará práctica esta blusa de franela de lana fresa sin ningún dobladillo; todos los bordes están rematados con un punto de lana violeta hecho a ganchillo; el bajo está doblado y forma bolsillos.



Sencillo y artístico este «salto de cama» de crepón de lana o seda azul eléctrico forrada con seda limón, cuello capuchino y greca incrustada en el borde, de seda limón.

entre diez o doce del guardarropa; pero ninguna mujer adoptará exclusivamente el cuello alto. Todas se preocupan demasiado en conservar el mayor tiempo posible la bonita línea abierta que desciende en punta hasta el tallo y deja confundir en una palidez deliciosa y favorecedora el rostro, la piel del cuello y del escote con el pecho de seda color carne. Las perlas caen unas sobre otras, ganando en oriente al contacto de la piel. ¿Por qué se ha de consentir que cuando se halla una coquetería que embellece a las que lo adoptan se varíe con tanta facilidad? ¿Por complacer al modisto? Eso podía hacerse antes de la guerra, cuando todo estaba a un precio abordable; pero en la actualidad, no solamente se quiere conservar lo que favorece, sino que se añade la cuestión de economía.

Por el momento muchas mujeres, en las comidas de noche, han adoptado el peinado español. Es una fantasía divertida que puede acompañar muy felizmente a los trajes de volantes; pero, ¡qué peligro para una mujer cuyo gusto no es muy seguro! Con tal que algunas, queriendo seguir a toda costa la moda, no se coloquen la alta peineta española con el traje estilo persa, de una reconstitución exquisita, como hemos visto hace unos días a una linda mujer! Se adoptan tantos estilos distintos y se mueve una entre tanta época, que la elección es muy difícil para aquellas que no se han preocupado de arte y que sólo se dejan atraer por un color o la belleza de un tejido.

En este caso debe guiar la modista o la vendedora; pero parece ser, según dicen unas y otras, que la mayoría de las mujeres no quieren escuchar nada y eligen todo lo contrario de lo que debieran llevar.

CONSEJOS

Los cuellos altos en los vestidos continúan teniendo éxito; pero no conseguirán desterrar los escotes, tan favorecedores. Es una fantasía de invierno o de primavera, nada más.

Para sus vestidos, cuando los tejidos son rayados, las señoras han de procurar colocar las rayas en sentido vertical, que afina la silueta. Si son muy delgadas o altas, en sentido horizontal, que las engruesa... por ilusión óptica.

En los calzados de noche, los zapatos de raso negro llevan lindas hebillas de «strass» o marcasitas rodeadas de un «cruche» de tul dejando transparente la suave línea del empeine.

rencia de su marido hacia su madre una prueba de amor a ella; pero la patrona comprendió las ventajas que esta galante acción otorgaba al príncipe, y sintió la distancia que la separaba del mundo en que vivía su hija. La indolencia de aquel criado fué una revelación; el cochero del príncipe creía rebajarse en servir a una plebeya como ella, aunque era quien pagaba los salarios de toda aquella canalla. Su origen humilde y sus negocios mercantiles eran una mancha indeleble; ¡se la sufría, pero no se la aceptaba!

Tornóse sombría, meditabunda, aunque su yerno y su hija fuesen intachables para ella, y se presentó rara vez en Cernay; allí se sentía conñariada, sin libertad, y las atenciones superficiales de los convidados del príncipe le crispaban los nervios. Todos eran personas demasiado bien educadas para faltar a la suegra del príncipe; pero sus atenciones eran oficiales, y debajo de ellas se veía la ironía.

Sergio, dueño soberano en Cernay, tuvo una época feliz, y allí saboreó sus aficiones de lujo y de grandeza; su pasión por los caballos tomó un desarrollo creciente; dió orden de levantar en el parque, en medio de espléndidas llanuras regadas por el Oise, caballerizas modelo, donde hizo venir muestras de los mejores caballos y yeguas inglesas, proponiéndose montar una caballeriza de caballos de carreras.

Un día, al llegar a Cernay madame Desvarenes, sorprendióse de ver la pradera desde lejos sembrada de postes de madera blanca; preguntó lo que significaba plantación tan original, y Miquelina respondió sin darle importancia:

— ¡Es la pista! Hoy hemos hecho galopar por ella a «la señorita de Cernay» junto a «Richemond» y «Brillante». Es una potrita de grandes medros, con la que cuenta mucho Sergio para la próxima Exposición de ganados y para las carreras.

La patrona quedó asombrada. ¡Una niña que ella había criado tan modesta, a pesar de su inmensa fortuna, hablar de tomar parte en certámenes de grandeza y de que figurasen sus trenes y sus caba-

llos en las carreras! ¡Qué cambio había operado en ella el espíritu frívolo y vano de Sergio Panine! Y esto en pocos meses. De seguro la iría sometiendo y acostumbando a todos sus caprichos, y de la niña modesta y dulce que había recibido haría una necia frívola y sin voluntad.

¿Era posible que en medio de aquella existencia tan vacía fuese Miquelina dichosa? ¡Ah! El amor de su marido le bastaba y todo el ardor de la sangre que su madre había puesto al servicio del trabajo, ella le ponía al servicio del amor.

Sergio se conducía irreflexivamente, había que hacerle justicia; no le acusaba ni la menor apariencia de infidelidad, y por inverosímil que pareciese en un hombre como él, no se separaba de su mujer; iban juntos a todas partes como dos tortolillos, y se decía, entre maliciosas sonrisas, que la princesa «había atado un hilo a la patita de Sergio». Ya era algo para la patrona tener la seguridad de la dicha de su hija, y aunque esta dicha le costaba bien cara, como dice el proverbio, «Llaga de oro no es mortal.»

Por otra parte, era indudable que el príncipe no se daba cuenta de las sumas que gastaba; tenía la mano siempre abierta, y jamás hubo gran señor que mejor hiciese los honores a su fortuna. Al casarse con Miquelina, la caja de la patrona le pareció inagotable, y sacaba de ella como un príncipe de «Las mil y una noches» del tesoro de los genios.

Acaso bastaría hacerle ver que tomaba el capital por la renta, que devoraba la fortuna de su mujer, para hacerle cambiar de conducta; pero aún no era oportuno; madame Desvarenes podía pasar por avara, y esto la sublevaba, y era preciso esperar.

Retirada, pues, a su despacho, donde Marechal le servía de confidente, trabajaba sin descanso, con ardor febril, y ganaba dinero sin límites. Este era un verdadero duelo entre dos seres, el uno útil, el otro nocivo; el uno subordinado al trabajo, el otro sacrificándolo todo al placer.

A fin de octubre, el tiempo se puso malo en el campo, y Miquelina se quejó de frío; pero la vida del castillo agradaba

protegiéndola con la mirada y limitando a sus tímidos ensayos de amazona los impulsos naturales del diestro jinete.

A veces Sergio permitía caracolear a su caballo, y Miquelina seguía complacida los movimientos del elegante jinete, que con una leve presión contenía los ímpetus de su fogoso alazán; después sentía necesidad de correr, y tocaba su caballo con la fusta, y partía al galope, dichosa de sentir el aire fresco que azotaba su rostro, y de ver a su lado al que amaba, animándola con su sonrisa.

Entonces eran carreras insensatas; los caballos se animaban; el lebrl corría, dilatando su cuerpo esbelto hasta tocar la tierra con el vientre, y los precedía en la calle fresca y tortuosa o se internaba en la espesura tras de los conejos, que atravesaban el camino rápidos como flechas.

Agitada por tan violenta carrera, Miquelina se detenia, con el rostro encendido, acariciado con su mano enguantada las crines de su hermoso caballo, y al paso, volvían los dos esposos a la calle de Santo Domingo.

Al penetrar en el patio del palacio, el piafar de los caballos atraía a sus criados y hacía asomar a las ventanas a los empleados, y Miquelina, entregando las riendas, corría al despacho donde su madre trabajaba, y exclamaba alegremente: — ¡Ya estamos aquí, mamá!

La patrona se levantaba, abrazaba a su hija, embriagada con su dicha y con los perfumes de la mañana, y los tres se dirigían al comedor.

Los temores de madame Desvarenes se habían calmado, si no desvanecido; veía a su hija dichosa, y su yerno observaba una conducta intachable, siendo con ella expresivo y atento. Cayrol y su mujer, desde su matrimonio, no habían hecho más que tocar a París para dejarle en seguida. El banquero estaba empeñado en un gran negocio de crédito con Herzog, y viajaba por Europa para crearse consocios y asegurar capitales; Juana le acompañaba, y actualmente estaban en Grecia, desde donde Juana escribía a su madre adoptiva, respirando todas sus cartas calma y satisfacción, elogiando en to-

das a su marido, cuyas bondades para ella decía no reconocer límites.

Por lo demás, ninguna alusión a lo que había pasado la noche del matrimonio, cuando, huyendo de la cólera de Cayrol, habíase refugiado en los brazos de madame Desvarenes, dejándola penetrar en su secreto. La patrona podía creer que aquella confesión, que por momentos turbaba su espíritu, era el recuerdo de un mal sueño.

Lo que contribuía sobre todo a su tranquilidad, era el alejamiento de Juana. Si la joven hubiera estado cerca de Sergio, madame Desvarenes hubiera temblado; pero la hermosa rival de Micaela estaba lejos, y Sergio parecía muy enamorado de su mujer.

Todo caminaba a pedir de boca, y los terribles proyectos agitados en la mente de madame Desvarenes por el fuego de la cólera no tenía aplicación. Sergio no dió a madame Desvarenes el menor motivo de descontento, y aunque gastaba sin freno, ¡su mujer era tan rica...

Habia montado su casa bajo un pie de grandeza extraordinario: cuanto el lujo ha inventado como refinamientos del gusto, fué introducido en su casa para el orden habitual. Recibía fastuosamente dos veces por semana, y madame Desvarenes, desde el fondo de su piso principal, porque jamás quiso presentarse en las grandes recepciones de su yerno, oía los rumores de la fiesta. Esta mujer, tan modesta, tan sencilla, cuyos gastos habían tenido siempre por base el gusto artístico, admirábase de que se pudieran gastar sumas enormes en diversiones tan frívolas; pero Miquelina era la reina de ellas; iba con trajes regios a presentarse delante de su madre, a hacerse admirar por ella, y la patrona no tenía valor para hacer la menor observación viendo a su hija tan hermosa y tan satisfecha.

Se jugaba mucho por las noches, y la gran colonia extranjera que había invadido la casa de Panine llevó a ella su pasión desenfrenada por el juego, a la cual Sergio se dejó fácilmente arrastrar. Aquellos nobles, sin quitarse sus guantes blancos, se dejaban sobre la mesa cuarenta

¡ES LA REINA!

Creación de AMALIA MOLINA.—Letra de VICTOR GABIRONDO.—Música de JOSÉ PADILLA

Unos ojos muy negros en una cara muy morena y encima de un cuerpo menudo, todo nervioso, todo gracia, todo desenvoltura.

Sobre todo gracia, extraída de la propia cantera andaluza. Porque andaluza, y sevillana por añadidura, es Amalia Molina.

Nació en el propio barrio de la Macarena, en una de las más pintorescas y populares casas de vecindad, en la conocida por el Corral del Cristo, así llamada porque en el zaguán, donde los domingos se celebraban animados bailes, había sido colocada una imagen de Cristo en la Cruz. Era su padre lampistero y su madre cigarrera. La cigarrera bailaba maravillosamente. Amalia Molina, de muy poca edad, vió bailar a su madre. Heredó la afición y el buen estilo. Quien a los suyos parece, honra merece.

Lo malo es que fué muy poco el tiempo que Amalia tuvo ocasión de aprender de la autora de sus días. A los siete años perdió a su madre. Dos años antes había perdido a su padre. Hija única, la recogió su abuelo, que era lampistero también. Fué el abuelo quien, adivinando las aptitudes de la chiquilla, la procuró buenos maestros. Fueron sucesivamente José Castillo, célebre bailarín, Pericé y Otero. Discípula predilecta de los tres, la auguraron todos éxitos grandes.

Cuando comenzó a darse a conocer en Sevilla, sin duda por el oficio de su abuelo y de su padre, la llamaban generalmente «la Laterita». ¡Qué contrasentido! Jamás se puso un remouete menos adecuado. Ni en broma debió llamarse así a quien, lejos de dar la lata a nadie, endulzó con su gracia la vida a muchos millares de nacidos.

Los principios de esta artista tan andaluza, tan española y tan genial hay que buscarlos en los «bailes de ingleses» que se celebran en Sevilla los sábados y que toman ese nombre de la circunstancia de presenciárselos muchos extranjeros. Pero hay que buscarlos también en plena calle y en plena Semana Santa de Sevilla. Devota de la Virgen de la Esperanza y del Señor del Gran Poder, las sentidas saetas cantadas por Amalia en la célebre calle de Sierpes impresionaron al público todavía más que el arte jacarandoso de que daba magníficas pruebas en los tablados.

Muerto su abuelo, Amalia hubo de pensar decididamente en ganarse la vida. Habilidad para ello tenía de sobra, y bien pronto abandonó los bailes de ingleses para desfilar por los salones de espectáculos. Fué su primera contrata en el Salón Filarmónico de Sevilla, formando pareja con su prima Carmen Díaz. Su sueldo allí no era para pensar en la adquisición de un hotel: cuatro pesetas diarias.

Pasó luego, ya en mejores condiciones, al Salón de Novedades. Y tuvo un rasgo admirable de firmeza de voluntad. Se pro-

PIA-CILLO.

Voz

Me dicen q' soy reina cuando me ven.

Reina de la belleza que sin piedad des- deña a los esclavos q' me sus- pi- ran al ver mi re- gio

cuerpo mi majes- tad me pongo por- toña rojos cla- ve- les

y me en- vuel- ve en la se- da de mi man- ton y tengo por- dia- demas o- jos crue- les que

maña a los hom- bres sin com- pa- sión y al mi- rar me fan her- mo- sa tan al- ti- va y tan gori- sa suden los hom- bres gri- tar

Es la rei- na ve de frías edad flores y la or- que- sta que to- que la marcha H real.

poco rall. a tempo

LETRA DE "¡ES LA REINA!"

II

Yo tengo por palacio Madrid entero que se alombra de flores a mi pisar, y por cetro, en la mano llevo un sincero corazón, que tan sólo me sabe amar. Por solio tengo el cielo, y por tesoro mi sangre de española y mi canción, un hombre que me adora y que yo adoro, mi cara primorosa y mi ilusión. Y al mirarme tan hermosa, etc., etc.

y cincuenta mil francos, que era lo mismo que hacer boca para ir luego al club para concluir la noche en el «barcarat».

Entretanto las mujeres, con sus espléndidos atavíos, agrupadas en el salón, hablaban de modas o escuchaban las cantinelas de algún tenor exótico, mientras los jóvenes murmuraban galanterías al oído.

Corrían rumores de que el príncipe no era afortunado en el juego, y nadie lo extrañaba; ¡lo había sido tanto en amores! Pero los ecos de la antecámara que llegaban hasta madame Desvarenes fijaban cifras enormes. Sin duda había en ello exageración, pero siempre partían de un hecho cierto.

El príncipe jugaba y perdía. Madame Desvarenes no pudo resistir al deseo de saber si Miquelina sospechaba lo que ocurría, y una mañana que la joven bajó al cuarto de su madre con un delicioso peinador de cachemir rosa, le dijo acariciando a su hija con zalamería: —¿Parece que tu marido ha perdido anoche?

Miquelina miró a su madre, y con voz enteramente tranquila contestó:

—Un dueño de la casa que sabe su obligación no gana nunca el dinero a sus convidadas; parecería hacerles pagar el convite. La pérdida del juego forma parte de los gastos de recepción.

Madame Desvarenes encontró que su hija había adquirido demasiado pronto los usos del gran mundo y las ideas de largueza; pero nada dijo, porque lo que más temía era ponerse en abierta hostilidad con Micaela; por conservar su cariño lo hubiera perdido todo en el mundo.

Arrojóse, pues, en el trabajo con febril vehemencia y se decía:

—Si el príncipe gasta por un lado sumas enormes, yo las ganaré por otro; no hay agujero en mi caja, por profundo que lo haga, que yo no logre llenar.

Y se esforzaba en hacer entrar dinero por sus puertas, a fin de que su yerno tuviera el placer de arrojarle por las ventanas.

Un día, toda aquella sociedad que frecuentaba el palacio de la calle de Santo

Domingo desapareció como por encanto; era la época de la caza, el mes de septiembre, y el príncipe y la princesa se instalaron en Cernay, no como los primeros días de su matrimonio, como enamorados que buscan el silencio y el retiro, sino como personas que, seguras de su dicha, quieren exhibirla a los ojos de todos.

Llevaron, pues, los carruajes; el solitario dominio se llenó de animación; los cuatro guardas, vestidos con la librea del príncipe, fueron a tomar órdenes todos los días, y cada semana el ferrocarril o los grandes «breaks» de la casa traían numerosos convidados.

La morada señorial ostentó entonces toda su grandeza; era un continuo ir y venir de mundanas alegancias, y de alto a bajo del castillo oíase el crujir de la seda y las carcajadas de las hermosas, que alternaban con el tarareo de las coplas que habían puesto de moda las últimas óperas cómicas.

Sosteníanse constantemente partidas de billar, y el gran órgano, movido por pies y manos de algunos de los caballeros, elevaba al techo sus ecos sonoros.

Era aquello una mezcla extraordinaria de etiqueta y de abandono, donde el aroma de los buenos cigarrillos se mezclaba al del opopónax, recibiendo aclamaciones generales los cazadores que a las seis de la tarde volvían con su escopeta en bandolera; entonces todo el mundo se refugiaba en la sala de comer; las mujeres escotadas, los hombres de frac, y por la noche la música resonaba en los salones y el baile concluía la jornada del día.

Madame Desvarenes no participaba de esta loca existencia; permanecía en París consagrada a los negocios, y el sábado llegaba en el tren de las cinco, para partir invariablemente el lunes por la mañana. Su presencia enfriaba un tanto el entusiasmo general. Su vestido negro parecía una mancha en medio de todos aquellos brocados de vivos colores, y su severidad parecía una censura de la mujer que trabajaba y paga a todos aquellos ociosos que vivían sólo para el placer.

Los criados, en la antesala y en la cocina, se burlaban de ella, y el ayuda de

cámara del príncipe había anunciado un día, con el aplomo de quien cree haber encontrado una frase célebre, que la madre «Espanta-risas» acababa de llegar, lo que hizo prorrumpir a todos los criados en sonoras carcajadas. El «groom» casi se había puesto malo de reír, y la camarera de la princesa, mujer corrompida hasta los huesos, pero que sabía guardar compostura sin igual delante de los señores, declaró que la madre de la señora era la que ahuyentaba la alegría de la casa, y todos lanzaron imprecaciones contra la vieja que iba a entristecerlos, en vez de estar ganando dinero en su despacho de París.

Este desdén, que de los señores fué pasando a los criados, debía ir creciendo poco a poco, y llegó al extremo de que una mañana, cuando madame Desvarenes bajó al patio a buscar el carruaje que debía conducirla a la estación, no lo encontró; creyó que el cochero se había descuidado un poco y se dirigió por sí misma a la caballeriza, y allí, en vez de la victoria que todos los lunes hacía su servicio, encontró enganchado el gran faetón, con los cuatro caballos bayos que eran de servicio exclusivo del príncipe.

Vestido como un caballero, con su cuello redondo, que subía hasta las orejas, y una rosa en el ojal, el primer cochero del príncipe, un inglés que había servido al duque de Royaumond, vigilaba el trabajo de los palafreneros, como persona de gran importancia.

Madame Desvarenes se dirigió a él, y aquel hombre la vio llegar sin moverse.

—¿Cómo se explica que el carruaje no esté enganchado para llevarme a la estación?—preguntó la patrona.

—Lo ignora, señora—respondió aquel grave personaje sin descubrirse.

—¿Dónde está el cochero que me conduce de costumbre?

—No sé; tal vez estará en su departamento.

Y el enfático inglés señaló a madame Desvarenes las magníficas construcciones que se elevaban en el fondo del patio. La indignación hizo subir la sangre a las mejillas de la patrona, y fijó tal mira-

rada en el cochero, que le hizo retroceder dos pasos. Después, sacando su reloj:

—No queda más que un cuarto de hora hasta la salida del tren—dijo firmemente la patrona—, y como aquí hay un coche enganchado, él me conducirá. Subid al pescante, que no hay tiempo que perder.

El inglés movió negativamente la cabeza y repuso:

—Estos caballos no son de faena; son caballos de paseo, y en cuanto a mí, estoy aquí para el servicio del príncipe, y consiento en servir a la señora princesa, pero no estoy para llevarlos a vos.

Y le volvió la espalda con insolente ademán; pero al mismo tiempo, un golpe seco, aplicado con un bastón ligero, hizo rodar por tierra su sombrero; volvióse rojo de cólera el inglés, y encontróse frente a frente con el príncipe, a quien no habían oído llegar el cochero ni madame Desvarenes.

Sergio, elegantemente vestido de mañana, iba a dar una vuelta por sus caballerizas, cuando llamó su atención la discusión empezada. El inglés, turbado, quiso modular una excusa.

—¡Silencio, y aguardad mis órdenes!

—dijo secamente el príncipe.

Y volviéndose a su suegra, añadió con encantadora sonrisa:

—Puesto que este hombre se niega a conduciros, yo tendré el honor de llevaros a la estación.

Y como madame Desvarenes se alarmase, dijo:

—¡Oh!, no temáis; sé muy bien guiar cuatro caballos, y una vez siquiera me servirá esta habilidad para algo útil. Subid, os lo ruego.

Y abriendo la portezuela del «break», la ayudó a subir a él; se instaló de un salto en el elevado pescante, reunió las bridas, y con el cigarro en la boca y el aplomo de un cochero antiguo, hizo partir su doble atalaje, describiendo a la vista de los palafreneros asombrados un semicírculo perfecto sobre la arena del patio. El episodio fué comentado en honor del príncipe; todos convinieron en que había obrado como un verdadero gran señor. Miquelina vió en el acto de defe-